

Dossier

América Latina, la modernidad

Coordinado por Jeffrey Cedeño y Abril Trigo

Jeffrey Cedeño/Abril Trigo*

⇒ Presentación

El significante “modernidad” logra interrogar, con singular contundencia, una mirada de categorías centrales para el pensamiento y la cultura en América Latina –nación, pueblo, Estado, colonialismo, política, sociedad, cultura, educación– sin duda presentes en la base histórica de las situaciones extremas que vive actualmente la región. Tal escala permite, por sus mismas resonancias, pensar la modernidad como una condición de largo alcance dentro de la cual movimientos políticos, sociales y culturales en conflicto continúan suscitándose. Surge al punto una definición de la modernidad latinoamericana como un espacio y un tiempo culturalmente heteróclito, heterónomo y heterogéneo que, al trazar desigualdades, deja salir sin trabas tanto múltiples dimensiones históricas, como una rotunda diferencia cultural.

De acuerdo con lo anterior, una reflexión sobre la modernidad en América Latina constituye una interrogación que, más allá de manifestar dudas o demandar respuestas, expresa con vigor y eficacia un deseo siempre renovado, es decir, una multiforme carencia ocupada en trazar las figuraciones de lo posible en la escena de una identidad que, históricamente, es una y, al tiempo, otra... Y la institucionalizada crisis del subcontinente no puede menos que ofrecer, en sentido estricto, mutaciones polares y oportunidades contrastantes capaces de develar no pocas cosas; una de ellas: fábulas identitarias cuyo sentido histórico traza una meridiana confrontación con la modernidad occidental y sus ideologías, del liberalismo al marxismo. Este careo interroga la jerarquía social y cultural de los impulsos modernos –las masas, la tecnología, los saberes, las ruinas, la globalización–, o, más bien qué noción de identidad se desea instaurar cuando, justamente, muchos de los procesos políticos de la democratización y la modernización en América Latina se erigen, todavía, sobre la tradición de la exclusión: en la desocupación de un lugar o, de forma más áspera, en la negación de lo posible cuando de erigir comunidades futuras se trata.

El dossier se inicia con un ensayo de Beatriz González-Stephan, “Tecnologías para las masas: democratización de la cultura y metáfora militar (Venezuela, siglo XIX)”. En

* *Jeffrey Cedeño es profesor del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar, Caracas; editor de volúmenes monográficos para Cuadernos de Literatura (2001/2002), Universitas Humanística (2003), Estudios (2006), Revista Iberoamericana (2008) y ReVista. Harvard Review of Latin America (2008).*

Abril Trigo es profesor del Departamento de Español y Portugués en The Ohio State University. Entre sus publicaciones figuran The Latin American Cultural Studies Reader, co-editado con Alicia Ríos y Ana Del Sarto (2004); Número especial de Revista Iberoamericana (2003); Caudillo, estado, nación (1990).

este artículo, la autora analiza, desde las decimonónicas formalizaciones de la cultura visual en franco diálogo con la letra que impulsan las ficciones históricas, un cruce de relaciones ocupado en trazar sentidos modernos para una masa que no duda en exhibir la radicalidad de su presencia: se alza, de este modo, el Palacio de la Primera Exposición Nacional Venezolana (1883), que celebró el Centenario del natalicio del Libertador Simón Bolívar durante el gobierno de Antonio Guzmán Blanco. Se trataba, sí, de una arquitectura gótica. Y justo el estilo gótico se erigía como el lenguaje ocupado en articular las necesidades históricas locales con la modernización internacional para, desde allí, instaurar los sentidos modernos de una tecnología trizada entre las máquinas de guerra y una producción simbólica que giraba en torno a la fuerza viril masculina y el tropo militar. La puesta en circulación de una estética marcial “para las sensibilidades colectivas optimizaba las relaciones modernas entre los Estados nacionales y el control de las turbulencias de las masas con fines básicamente mercantiles. Se apostaba a la centralidad del poder y a la concentración del poder de la masa”, con el fin de consolidar un proyecto hegemónico nacional oligárquico en claro diálogo con la expansión del liberalismo económico. Y, sin duda, la trama histórica que analiza González-Stephan no podía menos que prefigurar las fuerzas obreras industriales y los fascismos del siglo por venir.

En su artículo “Los sentidos y las ruinas”, Francine Masiello evidencia cómo la relación con el pasado deja salir sin trabas las formas históricas de la modernidad latinoamericana. Y el pasado emerge entre las ruinas, y ante las ruinas, nos dice Masiello, los sentidos, la cita y la repetición muestran su poder interpretativo, identitario. Pero se trata de una identidad trizada en el tiempo, anclada entre el cuerpo y la psiquis: “Entre el aquí y el allá, ahora y entonces, entre la totalidad y los fragmentos múltiples, las ruinas nos obligan a sentir y a pensar a doble compás. Pretexto para tocar pasado y futuro, se abre a un momento ético de revisar la historia y avanzar paulatinamente hacia una nueva práctica colectiva.”. Y, tal como lo materializan Juana Manuela Gorriti o Domingo F. Sarmiento o Herman Melville, “se reescribe tanto la relación de uno con el pasado como la manera de registrar la experiencia humana. Las ruinas físicas de la historia son el punto de toque para registrar esta transformación”. Las ruinas de América Latina, esos deseos petrificados en la historia, multiplican el tiempo y la identidad, pues la transformación no cesa; de allí, concluye Masiello, que “frente a la historia en ruinas no podemos hablar con voz lisa y directa, avanzando hacia el futuro”, y más aún, quizás allí el origen y el presente entremezclados para testimoniar “nuestra incapacidad de descubrir un vínculo humano común; del lugar donde se disuelve la razón y la voz armónica se da por perdida”.

Jon Beasley-Murray en “Arguedasmachine: Modernity and Affect in the Andes” nos exhibe a un Arguedas –un autor, una obra, un imaginario, una identidad– cuya narrativa –desde *Todas las sangres* hasta *El zorro de arriba y el zorro de abajo*– no duda en erigir un “tecno-indigenismo”, que expande y concentra en sí mismo las históricas formaciones identitarias de la cultura peruana: se trata, sí, de flujos de afectividad materializados en un *hacer*: “the problem that Arguedas raises is at root a problem of engineering: of how best to machine the affect that he invokes”. Beasley-Murray inscribe, en su artículo, las diversas delimitaciones que entreteje ese hacer arguediano capaz de trazar gradientes afectivos: “a series of hydraulic reservoirs and overflows of sentiment, whose energies are put to work through immanent mechanisms such as the celebrated scissor dance”. No obstante, presenciamos un problema irresuelto, “and so in the end the *Arguedasmachine* breaks down by becoming fully immanent to the flows on which it operates”. Flujos y

transiciones afectivas, constelaciones de significado que, desde una narrativa de lo social y de lo humano, explicitan las diversas contradicciones de la modernidad peruana.

Raúl Antelo propone, tal como lo indica el título de su artículo, “Una crítica acéfala para la modernidad latinoamericana”. Se trata de una crítica que, tras una relación ambivalente con el tiempo, intempestiva por lo demás, y deslastrada de toda jerarquía, “sacrifica la actualidad para salvar (para saludar) las desventuras indeclinables de su propio tiempo” y, de este modo, erigir una temporalidad múltiple en la política cultural latinoamericana. Es, también, una crítica que contrasta con los diagnósticos setentistas (Ángel Rama, António Cândido) ocupados en “neutralizar antagonismos explícitos” bajo fórmulas transculturizadoras. Y dice Antelo: “Constatamos, sin embargo, que ese libre juego de los imperativos sociales produjo, en diversos grados y con variadas características, una sociedad monocéfala, en clave nacional o estatal, o en ambas, pero siempre atrofiada en su aplastante esterilidad hacia lo nuevo.” El autor traza, hoy, una sociedad y una modernidad policéfalas, ancladas en lo simultáneo, en la diferencia, irreductiblemente heterogéneas: “sólo una crítica que rescate el carácter acéfalo de la existencia podrá cuestionar el retorno a las formas autonomistas de pensar la cultura, que no son otra cosa sino retornos reductores a la unidad, a un mundo anterior al *des-astre* y todavía habitado por Dios (llámese esa divinidad Verdad, Nación o Justicia)”.

El artículo de Jesús Martín-Barbero, “Pensar nuestra globalizada modernidad. Desencantos de la socialidad y reencantamientos de la identidad”, establece una cartografía de la modernidad occidental vista desde sus localizaciones latinoamericanas. Desde las catalizaciones discursivas y narrativas del desencanto social (el enfriamiento de la política y de la ética y sus consiguientes evasiones –historicismo y populismo–, la experiencia del sinsentido que vive la conciencia occidental), hasta el reencantamiento de las identidades (provenientes de la emergencia de los fundamentalismos, de las migraciones internacionales y de las políticas de lo multicultural), sin olvidar el rol del intelectual y la conciencia crítica erigida tras la nueva geometría cultural, Martín-Barbero no duda en sostener que “la modernidad ha incumplido muchas de sus promesas tanto en el campo de la emancipación social como en el de la democratización política, pero una promesa sí ha cumplido, y con creces: la de desencantarnos del mundo. Al *racionalizarlo* la modernidad ha dejado al mundo sin magia, sin misterio”. Y las respuestas a tal desencanto, según el autor, son diversas y heterogéneas, si consideramos la multitemporalidad cultural del subcontinente. No obstante, y más allá de cualquier conservadurismo o nihilismo escapista, se encuentran las “nuevas ciudadanías culturales”, aquellas que “responden a la creciente presencia de estrategias tanto de exclusión como, y especialmente, de empoderamiento, ejercidos en y desde el ámbito de la cultura”. La cultura entonces constituye el vasto territorio crítico desde el cual una inscripción políticamente significativa surge al punto para repensar la identidad, una identidad que, en sus varias formalizaciones, incluso alcanza la mirada crítica que trata, una y otra vez, de aprehenderla.